

dirigir como jefe reconocido el ataque contra el poderío de la casa sálica. Esto aconteció durante el verano de 1073. Enrique IV había puesto en pie de guerra el contingente sajón para dirigirlo contra Polonia; la nobleza y los labradores sajones temieron que aquella medida fuera un pretexto para alejar del país todas las fuerzas capaces de empuñar las armas y tener una ocasión de acabar por completo con las libertades de Sajonia. Al mismo fin tendía, según creencia de este país, la entrevista que, el año anterior, había celebrado Enrique con el rey de Dinamarca Svend Estrithson. Hízose observar desde luego á Enrique cuánto tendrían que sufrir los sajones con las continuas guerras fronterizas que iban á sostener contra los eslavos, y que por lo mismo haría mejor en dejar allí el contingente de tropas que quería llevar á Polonia, sobre todo teniendo en cuenta lo peligroso que era dejar la marca indefensa. Enrique despreció naturalmente estas advertencias, detrás de las cuales no vió sino una astucia de los sajones. La desconfianza, que había ido aumentando con los años, impedía llegar á un acuerdo, por más que ninguna de las dos partes llevara segunda intención. Enrique no se atrevió ya á asistir á una dieta para la cual había convocado á los sajones en Goslar, sino que se escondió detrás de los muros de la fuerte Harzburgo. Los sajones consideraron este paso como una provocación sarcástica y decidieron apelar al recurso de las armas, juramentándose para ello los nobles y los labradores. Oton de Nordheim tomó la palabra en la reunión que á este efecto se celebró, y maestro como era en el arte de la demagogia, supo excitar por completo los ánimos y encauzarlos á su voluntad. Dijoles que era preciso defender la libertad heredada de sus mayores contra los ataques de un tirano, y que la injusticia de que se había hecho reo el monarca les relevaba del juramento de fidelidad que le habían prestado. Entonces estalló el movimiento, y en los primeros días de agosto los sajones, en número de 60,000 hombres, se dirigieron á Harzburgo, y el día 7 acamparon alrededor del castillo dentro del cual se encontraba Enrique con sus odiados consejeros y una escasa guarnición. Los rebeldes presentaron al monarca una especie de ultimatum, notificándole que solo depondrían las armas á condición de que renunciara á la expedición á Polonia, de que se evacuaran los odiados castillos, de que fuesen alejados de la corte los consejeros secretos y de que se pusiera en libertad al encarcelado duque. Enrique no rechazó en absoluto la proposición, sino que entró en negociaciones, y en la noche del 8 al 9 de agosto se fugó con unos pocos compañeros, marchando por caminos secretos; pero cuando llegó sano y salvo á Franconia, reconoció la magnitud de las dificultades en que se veía envuelto. Luneburg había sucumbido, y para salvar á su guarnición tuvo que consentir en poner en libertad al duque Magnus, condescendencia que dió mayores alientos á los sajones. El emperador esperaba poder hablar muy pronto otro lenguaje á los rebeldes, pero los príncipes se negaron á llevar contra los sajones los contingentes que se les había exigido para la expedición de Polonia. La agitación sajona no era ciertamente más que el comienzo de un levantamiento general, y aun los que más juiciosamente pensaban opinaron que debía dejarse al rey combatir por sí solo el peligro que él mismo se había atraído con su régimen autocrático. Hasta en las tentativas conciliadoras que hicieron algunos príncipes laicos y eclesiásticos mostraron estos una decidida antipatía contra Enrique, pues la simple proposición de que quedaran sin castigo los sajones dando estos rey al una satisfacción por los hechos realizados, constituía una condenación de la política real. En Gerstungen, donde los mediadores se reunieron con los sajones, se habló de la destitución de Enrique, en pro del cual nada

hizo el episcopado, que de esta suerte se vengaba del monarca por haber vuelto la espalda al gran movimiento religioso de aquella época y por no haber hecho nada para amparar á los obispos alemanes contra la opresión del partido reformista y la sujeción á la jerarquía romana. Enrique vió con cierta alegría cruel cómo hombres que en otro tiempo se habían apropiado violentamente el mando eran objeto de censuras eclesiásticas por su pasado simoníaco; en 1068, Anno de Colonia tuvo que hacer penitencia en Roma, á cuya ciudad fueron también citados en 1070 y con igual objeto Sigifredo de Maguncia, el obispo de Bamberg y otros, sin que Enrique IV les dispensara protección alguna. La monarquía alemana despreciaba entonces el apoyo que Oton el Grande había conquistado para ella. En tan crítica situación dirigió Enrique al Alto Rhin, donde fué bien acogido por los habitantes de Worms, que se mostraron dispuestos á prestarle su ayuda. En aquella antigua ciudad se repuso de la enfermedad que había contraído, y de la cual salió con nuevos alientos para combatir á sus enemigos. Así como la nobleza sajona había concitado á los labradores contra el rey, en favor de este se levantaron á la sazón los habitantes de las ciudades, á quienes el monarca prometió libertades de la dominación episcopal, darles libertad de comercio y favorecer sus industrias. Esto produjo cierta impresión en el ánimo de los obispos, los cuales prestaron su auxilio al rey, de suerte que este, protegido además por sus partidarios, pudo dirigirse á Sajonia durante el riguroso invierno de 1073 á 1074 y devastar este país hasta Hersfeld. A pesar de esto, la ventaja estuvo de parte de los sajones, á quienes mandaba Oton de Nordheim; y Enrique, abandonado por las tropas episcopales, que se negaron á seguir más adelante, se vió obligado á firmar una paz que se convino en Gerstungen en febrero del año 1074, y en virtud de la cual se prometió la impunidad á los sajones, se obligó el monarca á derribar los castillos construidos en Sajonia, y se concedió á este país el pleno goce de sus antiguos derechos. Oton de Nordheim recobró su ducado bávaro, y por último se estipuló que la menor violación del tratado tuviese por consecuencia para el rey la pérdida de la corona.

La monarquía había sufrido una nueva derrota; pero sus resultados quedaron destruidos por haber querido los sajones abusar de su victoria; pues cuando después de salir la guarnición procedieron, en cumplimiento del tratado, á la demolición de Harzburgo, cometieron los más abominables horrores, destruyendo y profanando la capilla del castillo y las tumbas de los hijos de Enrique IV que recientemente habían fallecido. El salvaje fanatismo de los sajones eximió al rey de las obligaciones contraídas, obligaciones que dejaban de serlo tratándose de criminales que no retrocedían ante las profanaciones de templos y sepulturas. Ningun príncipe laico ni eclesiástico podía abrazar el partido de los sajones ni negarse á proporcionar tropas al rey para combatirlos, y entonces se produjo un cambio completo. Cuando Enrique,—que á pesar de la situación crítica en que se encontraba se había apresurado en el otoño de 1074 á entrar en campaña contra los húngaros para vengar el destronamiento de su cuñado Salomon,—llegó, á fines del año, á Estrasburgo, los príncipes que allí habían acudido le prometieron auxiliarle contra los rebeldes sajones. Ciertamente que el interés personal tenía en ello una parte importantísima, pues para Sigifredo de Maguncia se trataba del diezmo de Turingia y para Welfo III del ducado de Baviera. En la primavera del año 1075, el rey, al frente de un ejército numeroso, reanudó la campaña contra los sajones, cuyas fuerzas se habían disminuido notablemente á consecuencia de las deserciones: Enrique logró sorprender á los rebeldes en Unstrut y derrotar á su infantería, á toda

prisa reunida, después de haber derrotado á la caballería de los nobles, que fué la primera en lanzarse contra los imperiales. Las fugitivas tropas se retiraron hácia el Este y Enrique llegó hasta las estribaciones del Harz saqueando los territorios rebeldes, mientras el arzobispo de Maguncia se esforzaba en obligar, bajo pena de excomunión, á los turingios á que le pagaran el diezmo. En octubre, después de una suspensión de hostilidades motivada por la falta de víveres, presentóse de nuevo Enrique en Sajonia, cuyo país estaba tanto más dispuesto á someterse cuanto que la catástrofe de Unstrut había roto la armonía que entre la nobleza y los labradores existía: los príncipes que estaban á favor del rey prometieron cuidar de que el vencedor no abusara de la sumisión incondicional que persistía en obtener. En octubre de 1075 tuvo efecto en Espira (en la comarca de Sondershausen) la sumisión de los príncipes y nobles sajones, figurando en primer término Oton de Nordheim, el arzobispo de Magdeburgo y el obispo de Halberstadt, los cuales exonerados de sus dignidades y cargos, fueron internados, como presos de Estado, en distintos puntos del imperio.

¡Qué orgullo hubo de sentir, qué halagüeñas esperanzas hubo de alimentar Enrique en aquellos días de felicidad! Las humillaciones de Tribur y de Goslar quedaban sobradamente compensadas: la Sajonia estaba vencida y el monarca podía lograr de un solo golpe aquello que había creído poder conquistar lentamente y paso á paso. El gran número de feudos sajones que habían sido confiscados le permitía recomensar á muchos de sus adictos suabos y rhinianos con los mismos territorios que habían querido antes emanciparse de su soberanía. El país fué en cierto modo ocupado por una guarnición completamente adicta al rey. Los castillos demolidos el año anterior fueron reconstruidos, y su número fué aumentado con la construcción de otros nuevos para someter á duro yugo á la nobleza y á los labradores sajones. Enrique sentó sus reales en Goslar. La sometida Sajonia debía ser la piedra fundamental del edificio monárquico-centralista que pensaba construir el monarca; en ella se había conquistado la posición desde la cual pensaba destruir la independencia de los príncipes. Estos sucesos dieron nueva vida á la idea de la monarquía sálica hereditaria, cuya importancia tanto había menguado en los últimos tiempos, y que tan seriamente amenazada se había visto por los planes de destitución concebidos por los príncipes. Cuán favorable era el cambio que en la situación general se había operado lo demostró el hecho de que en la noche de Navidad del año 1075 fué elegido sucesor de Enrique IV por los príncipes, reunidos en Goslar, su primogénito Conrado, habido de Berta de Susa. La gran crisis por que había tenido que pasar Alemania parecía haber terminado con la completa victoria de la monarquía. La Alemania se iba desenvolviendo, por medio de una confederación poco estrecha, hácia una monarquía centralizada absoluta. Pero en el momento en que con la sumisión de Sajonia quedaba quebrantada la dominación de los príncipes, la Iglesia se emancipaba de la dominación de Enrique y daba origen á una nueva crisis que en definitiva se desarrolló contra la monarquía.

El cisma de Cadalo no había sido apoyado por Alemania. El partido reformista había vencido, después de una cruel guerra civil, á sus enemigos políticos y religiosos, desencadenando en la Alta Italia, por medio del belicoso Erlembaldo Cotta, *el caballero de la Iglesia* (que llevaba, como llevaron después los cruzados, una bandera blanca con una cruz encarnada), las pasiones de las municipalidades, conquistando para la causa de la jerarquía la Italia central por medio de la marquesa Beatriz y de su piadosa hija Matilde, hija espiritual de Hildebrando, y haciendo entrar bajo el

dominio de la Santa Sede, para formar parte de la gran potencia normanda que se estaba formando, á la Baja Italia y la Sicilia, influidas por el valeroso y astuto Roberto Guiscardo y por su hermano Roger. El pontificado de Alejandro II supo salir triunfante de la angustiosa situación en que en un principio se había encontrado; y á la muerte de Cadalo (abril de 1069), toda la Iglesia se sometió á Alejandro, el cual, reconocido como jefe supremo, gobernó con los principios reformistas, si bien no hizo, al parecer, más que poner en práctica las ideas de Hildebrando. Así, pues, ningún cambio sufrió la dirección de la Iglesia cuando, á la muerte de Alejandro II (21 de abril de 1073), el arcediano de la Iglesia romana, su inspirador y el hombre á quien había debido sus últimos y grandes triunfos, fué elevado á la Santa Sede por aclamación, tumultuosamente y con infracción de las prescripciones electorales por él mismo establecidas. Posteriormente, los cardenales reconocieron los hechos consumados y Enrique IV confirmó la elección, según de él se había solicitado. Esta fué la última vez que un soberano alemán ejerció tal derecho, que, establecido por los Otones, había sido renovado y fortalecido por el primado electoral de Enrique III. El nombre de Gregorio VII que adoptó el elegido en el acto de su consagración (29 de junio de 1073) constituía una declaración de guerra contra la monarquía alemana, pues significaba la legitimidad de Gregorio VI y venía á declarar nulo lo acontecido en Sutri. Precisamente cuando esto ocurría en Roma, los sajones se reunían en Eisleben y el de Nordheim pronunciaba los discursos contra el tirano. Mientras Gregorio VII se preparaba á llevar á la práctica con todas sus fuerzas las ideas de Hildebrando y á hacerse obedecer por todo el mundo, el representante de la monarquía sálica hereditaria huía de noche y por extravías veredas y perdía la fortaleza de Harzburgo, sitiada por los sajones. Probablemente la noticia de estos tan inesperados como favorables sucesos indujo á Gregorio VII á avanzar más en sus proyectos, los cuales se aumentaron á medida que se aumentaban la impotencia y el desorden en Alemania.

En efecto, en un principio mostróse Gregorio VII sumamente circunspecto y pareció esforzarse por vivir en buenas relaciones con el monarca alemán; por lo menos nada indicaba que quisiera promover un conflicto. La situación en que se encontraba Enrique le aconsejaba por otra parte someterse á las exigencias pontificias, siempre que fueran prudentes. Al combatir Gregorio la simonía, como el más funesto de los abusos introducidos en la Iglesia, no hizo más que lo que sus antecesores habían hecho repetidas veces y lo que había procurado la austeridad del poderoso Enrique III. Gregorio, en el sínodo que celebró en marzo de 1074, prohibió á todos los sacerdotes culpables de simonía el ejercicio del culto, y reprodujo la prohibición general de la simonía. A consecuencia de esto entró en discusión con Enrique IV, pues en su corte estaba la simonía en gran auge y sus consejeros secretos la ejercitaban públicamente. La energía con que el papa procedió contra el rey Felipe de Francia, reo de igual delito, produjo cierta impresión en la corte de Alemania. La piadosa emperatriz Inés se esforzó por servir de mediadora entre su hijo y la Iglesia y por obtener del papa las palabras de agradecimiento que este le dirigió en junio de 1074, y al fin sus esfuerzos se vieron coronados por el éxito. En la situación crítica en que se encontraba, Enrique estaba dispuesto á ceder. El partido reformista iba conquistando entonces gran influencia en Alemania. El convento de Siegburg, fundado por Anno de Colonia y servido por monjes de la austera Fructuaria, fué el punto de partida para una transformación de los conventos del Rhin

en el sentido de las ideas cluniacenses, mientras que desde Hirschau, donde el abad Guillermo (1069-1091) introdujo por aquel mismo tiempo la regla de Clugny, fueron reformados los monasterios de Suabia. Tales triunfos aumentaron la confianza de Gregorio, el cual se convenció de que tenía en favor suyo una poderosa corriente religiosa y moral al ver realizado en Alemania un cambio semejante al que, después de difíciles luchas, se había operado en Lombardía. Parecióle, pues, que había llegado el momento oportuno de proceder contra los rebeldes; y en el mes de diciembre del año 1074 fueron citados á Roma Sigifredo de Maguncia y los obispos de Constanza, Estrasburgo, Espira, Bamberg, Augsburgo y Wurzburg para contestar á los cargos que se les dirigían. En virtud de otro decreto, se prohibió á los fieles alemanes que prestaran obediencia á los sacerdotes casados. También se quejó el papa á Enrique contra los que se esforzaban por sembrar la discordia entre ambos, cuando el monarca debía de proteger á la Iglesia mientras el papa realizaba sus proyectos y se ponía al frente de la cristiandad para combatir á los infieles. Entonces concibió Gregorio la idea de una cruzada, con lo cual se puso, como jefe de la cristiandad, en el lugar que hasta entonces había correspondido, sin que nadie se lo disputara, al monarca alemán. La cuestión quedó decidida por el sínodo celebrado en la catedral del año 1075, en el cual solo tomaron parte los obispos italianos y borgoñones y ninguno alemán. Este sínodo renovó la prohibición de la simonía, excomulgando á cinco consejeros del monarca alemán que se habían hecho reos de este delito, prohibió el matrimonio para todos los eclesiásticos y ordenó que ningún sacerdote recibiera la investidura de manos de un laico.

Pero así como el primer acuerdo no pudo causar sorpresa alguna ni ser combatido, los otros dos produjeron una revolución política y social. La antigua Iglesia solo había impuesto el celibato á los clérigos que se encontraban en posesión de elevadas dignidades; mas con la introducción del celibato general se imponía á la Iglesia una de las principales exigencias del partido reformista, que se proponía con ella encadenar por completo al clero á la Iglesia separándole de otros lazos que pudieran ligarle, y que influyendo en su corazón y en sus sentimientos podían ser un obstáculo á su adhesión completa á los fines eclesiásticos. Sin familia y por tanto sin las múltiples relaciones en que por esta razón debían estar con sus conciudadanos, con el municipio y con el Estado, los individuos del clero debían vivir exclusivamente para la Iglesia; privados de patria y de dependencia de una nación, debían convertirse en ciegos instrumentos de los cuales podía servirse con absoluta confianza la curia romana para dominar á los pueblos y á los Estados. Todo el clero fué convertido en un ejército, sin reconocer mas autoridad que la órden de su superior, sin tener mas ambición que aumentar el poder de su señor, sin aspirar á otra gloria mas que á la de salir vencedor en la lucha contra sus adversarios. Es indudable que con su ley del celibato Gregorio VII se opuso al espíritu en aquella época dominante. La indignación que en los reformadores habían causado los males producidos en Milan y en la Lombardía por el matrimonio de los sacerdotes y por la constitución de familias de clérigos, que consideraban como propios los bienes de la Iglesia, indicó al papa el camino que debía seguir, si bien el éxito solo pudo conseguirse lentamente y después de arduas luchas.

Mas inmediatamente se dejaron sentir las consecuencias revolucionarias de la prohibición de la investidura de los laicos, consecuencias que no solo pesaban sobre la Iglesia y sobre la sociedad, sino que amenazaban directamente la

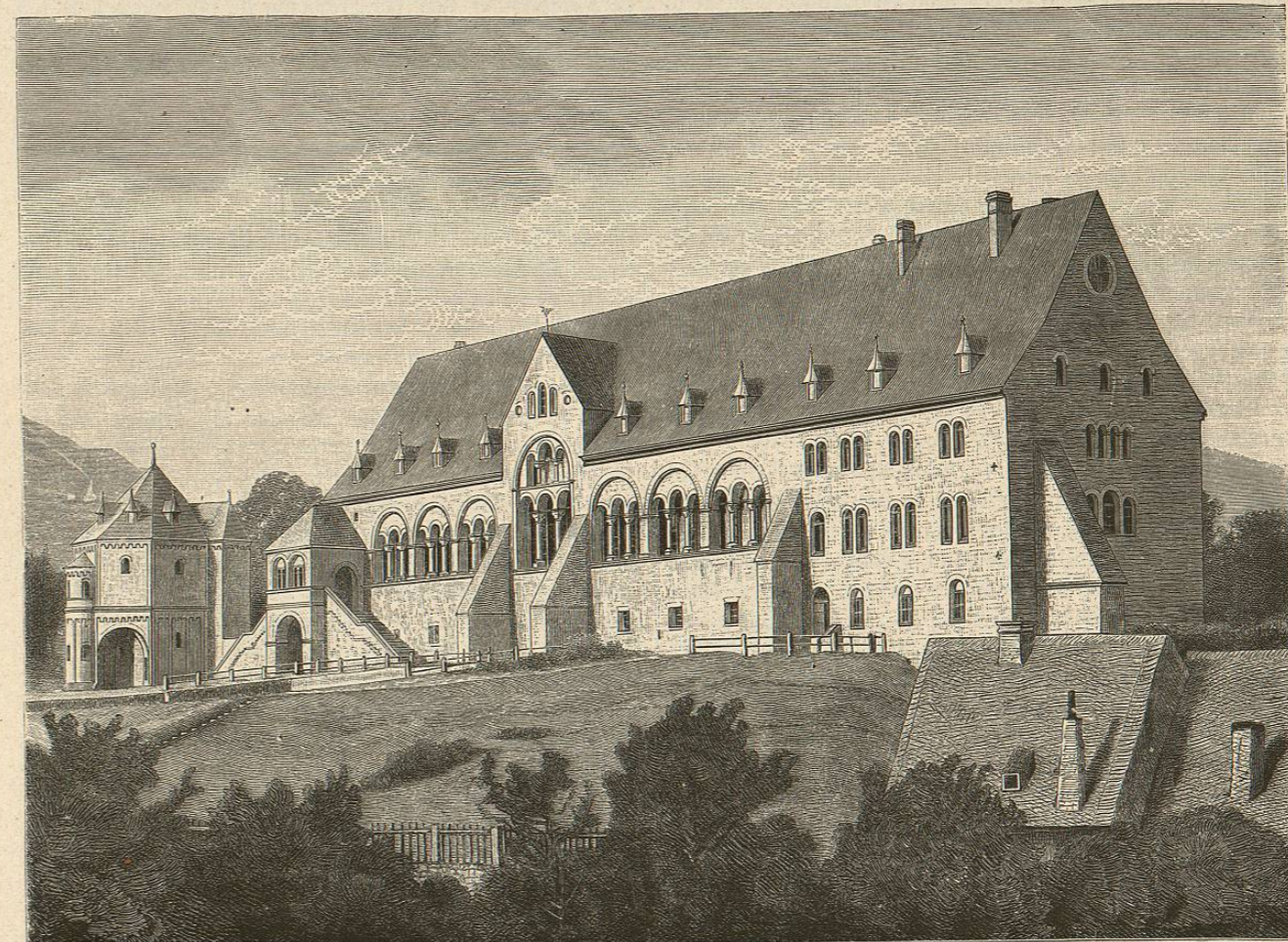
existencia del imperio, pues desde el momento en que ningún eclesiástico pudiera ser investido por un laico y en que, por lo mismo, no pudiera prestar á este el homenaje feudal, los principados eclesiásticos quedaban por completo desligados del imperio, y sus poseedores, arzobispos, obispos y abades, dejaban de ser hombres del rey, cesando para ellos la obligación de prestar al monarca los debidos servicios por los territorios que les había cedido. De un solo golpe, quitó Gregorio al reino una de sus mitades. En vista de las trascendentales consecuencias que esta medida debía producir en la cohesión política del reino y en la situación soberana del monarca, casi podía creerse que la prohibición relativa á las investiduras era, en cierto modo, una simple declaración teórica para formular, por decirlo así, un principio, y que si se sentaba este principio de un modo tan brusco, era con el objeto de hacer ver ciertos abusos y contradicciones, que tan graves aparecían en la práctica, y de preparar su completa desaparición. Parecía confirmar esta opinión el hecho de que la prohibición decretada por Gregorio no tuvo, por el momento, resultados prácticos, es decir, no fué observada ni por los sacerdotes ni por los laicos, especialmente por Enrique IV. Este, sin embargo, entró en negociaciones con Gregorio VII, durante las cuales, y mientras se encontraba apurado por los sajones, se mostró, según propio testimonio del papa, sumiso y dispuesto á la paz; mas cuando, después de la victoria de Unstrut, se vió dueño de la situación en Alemania, cambió por completo de conducta. La felicitación que Gregorio dirigió á Enrique después de la victoria por él obtenida sobre los sajones, demuestra que se esperaba llegar á una inteligencia. Ninguna de las dos partes consideraba, pues, que la prohibición de las investiduras pudiera ser causa inevitable de un grave y trascendental conflicto, antes al contrario el papa creyó que podría llegarse á un arreglo amistoso entre el principio por él proclamado y la práctica contraria á tal principio, aunque indispensable para Alemania.

Entre tanto ocurrió la sumisión de los sajones. El sistema absolutista á que siempre había aspirado Enrique, se convertía en una realidad cuyas consecuencias debían sentirse en todas partes, incluso al Sur de los Alpes. El monarca entonces menos que nunca se mostró dispuesto á ceder en nada ni á renunciar á un derecho, real ó por lo menos supuesto, antes por el contrario quiso reconquistar todo lo que en otro tiempo había correspondido al trono y dar al poder real mayor extensión de la que jamás había tenido. Así, en vez de limitar el derecho de las investiduras, que tanto molestaba á la Iglesia, trató de reclamarlo y de ejercerlo en puntos donde hasta entonces no se había ejercitado. De la misma manera que trató á los sajones, obligándoles á restituirle todo aquello que le había sido arrebatado durante su menor edad, quiso tratar á la Iglesia romana, pretendiendo recuperar lo que había perdido la política alemana cuando el cisma de Honorio II y Alejandro II, para tener de nuevo sumiso al pontificado y para apartar á la Iglesia de la influencia del partido reformista, hostil á la monarquía. Fuesen cuales fueran los proyectos que para lo porvenir acariciaba Gregorio VII, lo cierto es que Enrique, desentendiéndose de los esfuerzos hasta entonces hechos para llegar á una pacífica inteligencia, fué el que realizó el primer acto de hostilidad, el que cometió la primera agresión.

En el otoño de 1075, Eberhardo de Nellenburg, uno de los mas odiados consejeros de Enrique IV, fué á Roma, acompañado de varios plenipotenciarios, para intrigar contra el pontificado. Empezó por aliarse con los obispos de Lombardía adversarios de la reforma, los cuales, seriamente amenazados por el rigor de Gregorio, acogieron con júbilo la oca-

sión que se les ofrecía de sacudir, con el auxilio de los alemanes, el insoportable yugo á que se veían sometidos. El emperador, á la muerte de Guido de Milan, nombró un obispo para esta diócesis, y confirió en igual forma los obispos vacantes de Spoleto y de Fermo. Eberhardo de Nellenburg se alió después, para poderse servir de los normandos contra Gregorio, con Roberto Guiscardo, sobre el cual pesaba hacia años la excomunión eclesiástica. La monarquía parecía tener asegurada la reconquista de su antiguo poderío, pues el día de Navidad estalló en Roma una revolución, dirigida por Cencio, uno de los nobles mas influyen-

tes. El papa cayó en poder de los rebeldes y fué duramente maltratado; pero á poco le rescataron los romanos, que habían promovido una contra-sublevación y que lo condujeron á Letran. Entonces dirigió Gregorio energías y casi amenazadoras palabras al monarca alemán, echándole en cara el cambio que él y sus consejeros habían experimentado, censurándole por haberse negado á hacer la penitencia á que por ello se había hecho acreedor y quejándose de la arbitraria intervención que había tomado en las diócesis de Milan, Spoleto y Fermo. Amonestábase, además, que desistiera de su actitud ambigua y se abstuviera de violar los decretos



Palacio imperial de Goslar (Alemania)

sinodales, y decía que esta era la mas pequeña muestra de gratitud que debía á San Pedro por la victoria conseguida. La carta pontificia fué ampliada con las manifestaciones verbales de su portador, el cual probablemente le amenazó con la excomunión en el caso de que persistiera en su desobediencia. Este lenguaje amenazador indignó en alto grado al rey, que se sentía en la plenitud de su poder después de la victoria sobre los sajones obtenida. Además, Enrique estaba animado por las relaciones que le hacia Eberhardo sobre los triunfos que conseguía, por el nuevo levantamiento de los enemigos de las reformas, por la agitación que reinaba en Roma y por la esperanza de contar con la alianza de los normandos. Exagerando funestamente sus fuerzas, creía poder vencer de un solo golpe y reducir á la antigua dependencia al pontificado, que se imaginaba libre de la férula de los reyes alemanes. En 26 de enero de 1076 celebró en Worms un sínodo nacional de prelados alemanes, que asistieron en número de veintiseis y en el cual se juzgó formal-

mente á Gregorio. La asamblea, fundándose en las quejas que formuló allí el cardenal Hugo, enemigo mortal del papa, decretó la destitución de Gregorio, no por la última carta amenazadora dirigida á Enrique sino por todos sus actos de gobierno. A esta violencia se añadió la humillación, pues en la carta real en que tal sentencia se notificaba, se llamaba á Gregorio «Hildebrando, no papa sino falso monje,» y se le acusaba de que bajo la capa de la religión cometía violencias y falseaba las doctrinas de San Pedro. La destitución fué inmediatamente notificada á Italia y obtuvo, en Piacenza, la aprobación de los obispos lombardos.

Es indudable que en aquella funesta ocasión Enrique IV hizo mas de lo que podía y mas de lo que la prudencia política aconsejaba hacer, pues la exageración del ataque, la vaguedad y falta de fundamento de las acusaciones y el insultante desprecio del lenguaje que se usaba con el papa, colocaron á este en situación ventajosa. Las palabras de Enrique reflejaban el apasionado descontento de la Iglesia